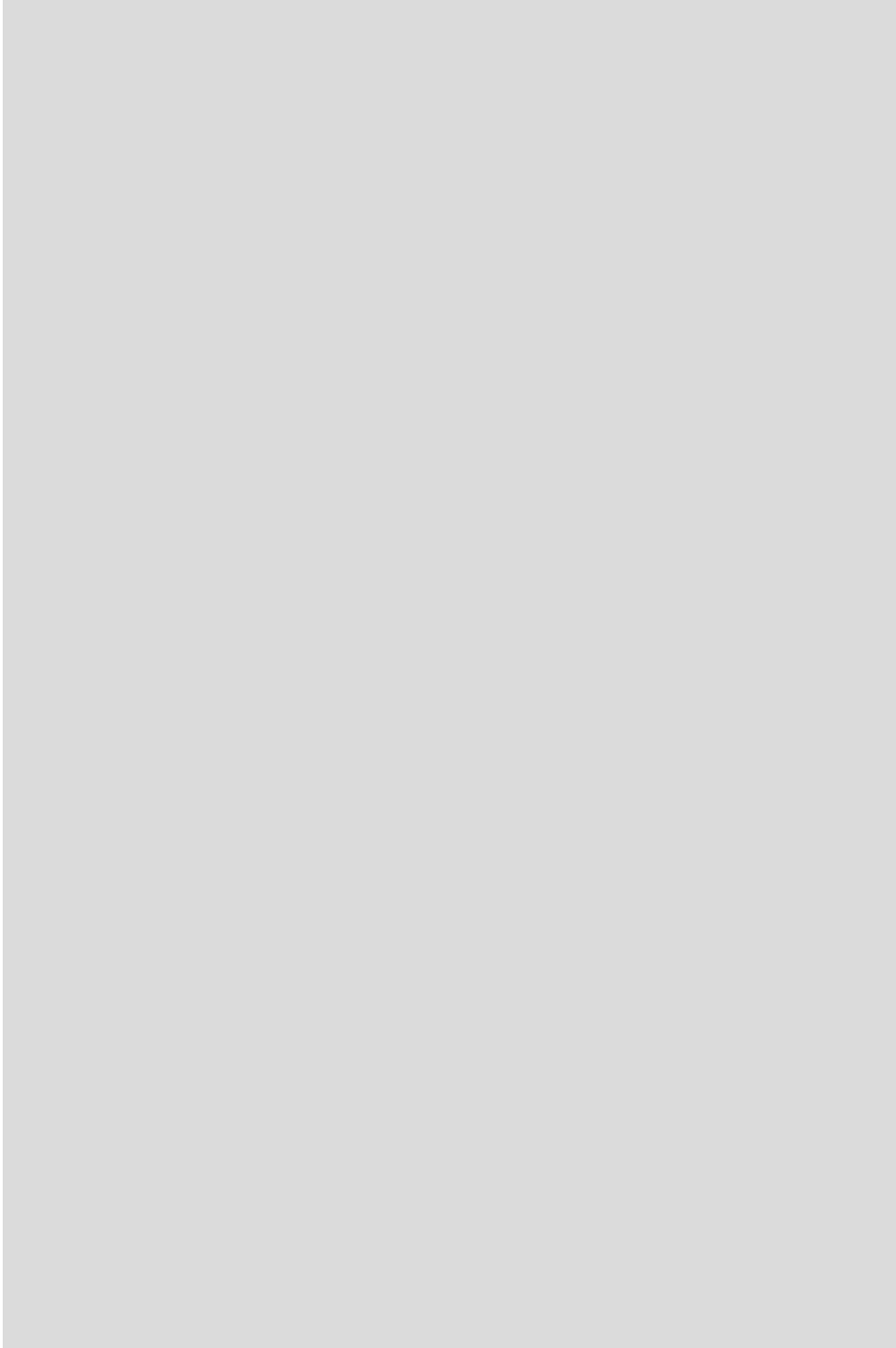


Enterrar y olvidar

Ana Vigoni



Capítulo 1

Enterrar y olvidar

Constantina apuró el paso, estaba llegando tarde a casa. Todavía tenía que juntar algunas verduras y ponerse a preparar la comida. Sacó un pañuelo blanco y arrugado del bolsillo de su saco y se enjugó algunas lágrimas que se negaban a irse. Sus piernas flacas y fibrosas caminaban a buen ritmo por el empedrado de la calle principal. Ella y Pietro vivían ahora en el centro de la ciudad. Mamá estaba orgullosa, se había casado bien.

Mamá. Los niños. Venía de estar con ellos en la granja. Estaban ultimando detalles, guardando sus pobres posesiones en cuatro cajones de madera, cuatro baúles que llenaban desordenadamente con ropas, calzados, ollas y comida. Constantina ayudaba con los más pequeños, ordenaba los cacharros y de a ratos corría a llorar al campo, para que nadie la viera. Se iban todos. Los nueve. No es que se quedara sola, no, ella estaba con Pietro. Se había casado con un comerciante reputado en el pueblo, era la envidia de sus hermanas menores. Pensaban que iba a quedar para vestir santos, ya tenía los veintiuno cumplidos. Mamá decía que con ese carácter no iba a conseguir a nadie, pero Pietro se fijó en ella, era el único que la sabía manejar.

Él era un hombre decente frente a los ojos de la sociedad. Había heredado la sastrería de su padre Ottavio, fallecido durante las Pascuas del año pasado. Volvió de la guerra con una renguera casi imperceptible y el hábito de fumar una cajetilla al día. Se conocieron en uno de los bailes que organizaba la parroquia, si bien no fue amor a primera vista, la mamá de Constantina le pidió que confiara en sus instintos casamenteros. Tampoco es que hubiese mucho para elegir. El pueblo era chico y eran pocos los que habían vuelto en una pieza. Y los que estaban en una pieza se pasaban las noches en la cantina local, llorando lágrimas de muerte en los brazos de fulanas nocturnas. Mamá eligió a Pietro, y Constantina también. A pesar de su carácter rebelde, entendió que el futuro era mejor al lado de un hombre que la proteja.

La guerra los había afectado a todos por igual, pero se sentían optimistas ante el futuro. Los habitantes del pueblo ponían toda su energía en enterrar el pasado sangriento en sus memorias, a pesar de que los motores de los tanques color humo seguían retumbando en su cabeza de tanto en tanto. Esos años transcurrieron envueltos en una niebla de angustia opresiva, sobreviviendo con los ojos en la nuca y los oídos como antenas receptoras. Papá se acercaba a la ventana en puntillas cada vez que escuchaba algún ruido no habitual o directamente iba a buscar la escopeta cuando afuera alguien hablaba en una lengua distinta a la propia. Sus hermanos eran demasiado niños para entender la gravedad

del asunto, de modo que las tareas de resguardo del hogar quedaron a cargo de Constantina y sus papás. En el fondo sabían que, por más vigilancia y atención que pusieran, nada impediría que ingresaran a su hogar o al de sus vecinos. Un aura de desolación persistía por varios días en la granja cada vez que sus tanques transitaban el camino lindero, cada vez que prendían la radio para escuchar las terribles noticias, cada vez que bajaban al pueblo y se enteraban de los rumores. No había mucho que robar, ni siquiera mucho que destrozar, pero su sola presencia rasgaba las almas de los más creyentes. Les hacían entender que ellos estaban allí para arruinar sus vidas. Habían llegado como un terremoto de odio y desolación que los dejaría más pobres y más miserables que antes.

El día en el que ocurrió "el episodio", mamá estaba haciendo una limpieza superficial en la cocina cuando sintió que vibraba el piso de madera rajada. Unas botas que pisaban fuerte y se imponían por sobre todos los ruidos hogareños. Querían "inspeccionar", controlar que no se estuviese haciendo nada "ilegal". ¿El hombre de la casa? Justo no estaba, qué pena, no esperarían a que vuelva. El oficial se quedó parado como un poste en medio de la habitación, una torre de terror, un faro sin luces. Sus secuaces comenzaron a inspeccionar cada recoveco, cada cajón, cada alacena. La señora sostenía la escoba con ambas manos, los nudillos blancos, las mandíbulas tensas. Trataban de encontrar algo a toda costa. Resultaba una tarea ardua en la casa de Constantina, ya que había poco y nada, las pocas cosas de valor ínfimo estaban enterradas detrás del aljibe y el efectivo siempre estaba en manos de papá, probablemente dando vueltas en el pueblo, buscando alguna changa que trajera algo más a la mesa.

El soldado que actuaba de poste seguía mirando fijo a la señora con sus ojos azul hielo. Estaban parados a escasos tres metros de distancia, mamá no soltaba la escoba, la torre del terror le sostenía la mirada. En el piso de arriba se escuchaba un diálogo amortiguado en alemán. Pisadas apuradas, objetos arrojados al piso. Gritos, llantos de bebé. Mamá hizo ademán de soltar la escoba para subir a proteger a sus hijos, pero su compañero de habitación fue más rápido: desenfundó su arma con la mano derecha y se llevó el índice de la izquierda a la boca, cual enfermera de hospital que pide silencio. Las lágrimas no tardaron en comenzar a rodar por su cara cuarteada, alentadas por los pedidos de ayuda que venían desde arriba. Constantina aullaba en bronca y frustración, como un cachorro abandonado en el bosque, mientras las malditas hienas se reían. El blanco de los nudillos de la señora se extendió rápidamente a su cara y a su cuerpo, sus labios eran una línea, los ojos rojos de aguantar el llanto. Cinco minutos después se habían marchado, dejando un camino de mierda y sangre a su paso, llevándose con ellos la dignidad de Constantina.

Cinco años más tarde todavía sentía el olor a lujuria bajo su nariz. Todavía veía esos ojos azules clavados en su cuerpo blanco y desnudo. Pero lo

más fácil para ella y para su bienestar era enterrarlo todo y actuar como si nada hubiese ocurrido. Seguir adelante, ¿qué otra cosa podría hacer? Lo peor ya había pasado. La guerra había terminado y los malditos estarían muertos o cumpliendo una condena de por vida. Constantina no tenía certeza alguna sobre el destino de los soldados, pero era su consuelo. Lo peor ya había pasado, le esperaba un futuro prometedor junto su flamante esposo en su encantadora casa céntrica. Enterrar y olvidar.

Pietro bajó la cabeza y miró al piso durante un largo rato cuando oyó la noticia. La noche de bodas no había ido acorde a lo planeado y Constantina tuvo que dar explicaciones, mientras se hundía en la silla hecha un manojito de nervios. Era un fósforo encendiéndose en cámara lenta, un espejo rompiéndose en mil pedazos. El hombre lanzó un fuerte suspiro y caminó lentamente hacia la puerta de su flamante hogar, cigarrillo en mano. Las callosas manos de la joven se anudaban en imposibles figuras mojadas, mientras dudaba en ir a buscarlo. En ese momento hubiese vendido su alma al diablo para saber qué pasaba por su mente. Se quedó esperándolo en cambio, nada peor que una mujer fastidiosa y dependiente.

Varias horas después, ya auguraba lo peor. Sin embargo, escuchó la puerta y agradeció a los cielos elevando el palo de amasar que tenía en la mano izquierda, contorsionando los músculos de su cara para reprimir una sonrisa de puro alivio. Pietro se acercó como para besarla en la frente y ella casi se desarma de la felicidad, aunque lo único que se le desarmó fue el rodete de su cabello. "Que sea la última", le murmuró entre dientes, soltándola bruscamente. El palo de amasar estaba ahora quieto sobre la mesada, su ojos perdidos en la ventanita de la cocina. En su visión se cruzaban plantas verdes-amarillas, flores rosas y otras blancas de pétalos pequeños. En ese momento no pudo precisar el nombre de ninguna. Escuchaba un silbido suave en sus oídos y se preguntó si las palomas habrían anidado en el patio interno. Después iría a limpiar las ramas y piedras que dejaron, no quería que esas ratas aladas viviesen en su casa, no, no. Era *su* casa. *Su* hermosa casa céntrica, *su* hermoso y perfecto marido. Todo estaría bien. Levantó el palo de amasar y siguió con los tallarines.

El tren al puerto de Génova salía a las diez de la mañana. Constantina saludó uno por uno a sus siete hermanos y a sus padres, resultaría cierta su sospecha de que nunca más los volvería a ver. A pesar de ello prometió irlos a visitar, y deseó con todas sus fuerzas que se hiciera realidad. Ellos también hicieron algunas promesas superficiales, seguramente conseguirían unas buenas tierras en las que trabajar y le mandarían dinero, dijeron, después de todo iban a hacer la América. Allá no había guerra. No había hambre. Eran todo posibilidades. Se despidió de su familia una vez más, abrazándolos uno por uno. Todavía había mucho que preparar y Constantina quería quedarse a ayudar, pero debía atender a

sus deberes conyugales. Era hora de partir.

Escuchó las campanadas mientras se acercaba a la esquina de su casa nueva. Se cerró las solapas del saco y apuró el paso aún más. Le dolían las piernas y el alma. Dobló la esquina y lo vio. Pietro ya estaba entrando a casa, los ojos rojos y un cigarrillo armado en la mano. La atravesó una punzada de inquietud y prácticamente corrió hasta la puerta. -¿Dónde estaba?- dijo Pietro con la voz ronca.

- Estuve en casa, ayudando a hacer la mudanza- respondió tímida Constantina.

- Su casa es ésta ahora, Constantina. No se olvide.